

**PREGÓN POR EL 75 ANIVERSARIO
DE LA BENDICIÓN DE MARÍA
SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA**

Pronunciado en la iglesia parroquial de San Andrés, en Córdoba,
el sábado 12 de febrero de 2021

Dedicado a la memoria de José Prieto Sicilia (1984-2021)

Consiliario, hermano mayor y junta de gobierno de la cofradía de Nuestro Padre Jesús de las Penas y María Santísima de la Esperanza; presidenta de la Agrupación de Cofradías; concejal de Promoción de la ciudad. Hijos todos de la Esperanza:

Ya se acerca el momento de que termine el llanto.

Nos convoca la Virgen por cumplir primaveras,
setenta y cinco años escuchando oraciones,
y nunca fue más cierta la dicha de su nombre.

Jamás se vio tan cerca la promesa cumplida
de recobrar por siempre el jardín añorado.

El paraíso de cera, de música, de rezos
perdido sin aviso un marzo desdichado.

Ya se acerca el momento, la Virgen nos lo dice.

Su nombre hace certeza las promesas y anhelos.

¡Es febrero y en Córdoba gritamos Esperanza!

A la primera mujer los cristianos la llamamos Eva, pero aquí, y sólo al principio, con todas las distancias, voy a llamarla Pandora. Los dioses griegos se enfurecieron cuando Prometeo llevó a los hombres el fuego del saber y de la curiosidad, la llama del progreso con el que irían conquistando el mundo que estrenaban. A Prometeo lo encadenaron en las montañas del Cáucaso y enviaron a un águila para que le devorase el hígado, pero como era un titán, y por lo tanto inmortal, el órgano se le regeneraba todas las noches para que al día siguiente el ave rapaz repitiese la tortura por toda la eternidad.

Lo que pasó con los hombres no se tiene que entender sólo como un castigo, sino como una explicación cosmogónica de los males del mundo. Los dioses griegos crearon a la primera mujer, a Pandora, y se la dieron como esposa a Epimeteo, el hermano de Prometeo. Le hicieron el regalo de bodas de una tinaja ovalada con la advertencia de que la novia no debía abrirla en ningún momento. Pero los dioses, como si fueran los narradores de una historia que debía ser verosímil y coherente, habían dotado a Pandora con una curiosidad incontenible. Casi la misma que los seres humanos que se lanzaron a poblar todo el mundo buscando nuevos lugares en los que establecerse y maneras de sobrevivir a la hostilidad de la naturaleza.

Pandora no resistió la tentación y abrió la caja, y con eso desparramó el mal por el mundo en el que tenían que vivir los hombres. De allí nacieron la violencia y la guerra, la enfermedad que, bien lo sabemos ahora, avanza silenciosa e invisible. El hambre de la gente arrojada a un entorno difícil que sabe que tendrá que pelear por un trozo de pan y algo de agua limpia. Como de un manantial incontenible, de la caja de Pandora salieron

la vejez que anunciaba a los hombres el final y les impedía caminar sobre dos piernas, como habían hecho siempre, y las enfermedades que los limitaban.

Los vapores que salieron de la caja lo convirtieron en un ser débil y viciado, que no sólo envejecía y sufría, sino que tenía la costumbre de conseguir que los demás también lo hicieran. Los cristianos los llamamos después pecados capitales, pero Pandora los vio crecer por el mundo despojados de las virtudes que los contrarrestaban: soberbia sin humildad, ira sin paciencia, avaricia sin generosidad, lujuria sin castidad, ira sin paciencia, gula sin templanza, envidia sin caridad y pereza sin diligencia.

Es difícil pensar que, con tanto mal derramado y tanto castigo, los dioses pensarán que en la caja de Pandora debía ir todavía algo bueno y hasta creyeran que la mujer debía conservarla y no derramarla por el mundo. Desde que era joven y leía estas historias me sorprendió que en el fondo de todos los males estuviera una virtud y más todavía el gesto de la mujer de mantenerla oculta. ¿Acaso aquel asidero verde que había quedado en el fondo no merecía salir y llenar también el mundo como un bálsamo contra los dolores? ¿Qué broma era la de que salía el mal y el bien se quedaba dentro?

Los cínicos y los escépticos dicen que lo que faltaba también era un mal, algo que no mataba como las enfermedades y las guerras y que no mutilaba los cuerpos que habían nacido enteros, pero que tampoco era bueno. Los llevaba a un mundo asolado por la crueldad en que aquello que había quedado al final no era más que un narcótico que servía para engañarlos. Para que pensarán que la tierra tenía arreglo, que los hombres y las mujeres podían ser mejores, para que confiaran con ingenuidad en un pañuelo para las lágrimas, aunque supiesen que tendrían que morir hasta poder llevárselo a la cara.

Hoy estamos convocados por el nombre eufónico y dulce de aquello que había al final de la caja y que se quedó cuando Pandora la cerró. Hemos pasado días terribles en que el mundo era aquel lugar devastado de vida y asolado por ejércitos terribles que éramos incapaces de ver. Como si otra vez alguien hubiera levantado la tapa de la caja fatídica. Pero en el interior de esta iglesia, y en los corazones de los que estáis aquí y lleváis este nombre por bandera, es Esperanza.

No la tenéis oculta, sino en una capilla, y de ella pasa al altar mayor para sus cultos y al cancel para el besamanos de diciembre con que se anuncia la inminencia de la llegada del Salvador. Y aquí, en Córdoba, la habéis tenido 75 años y serán seguro muchos más.

Se dice Esperanza y se piensa en alegría y en levantar de campanillas, en palmas instantáneas, en flores que tiemblan tanto como los corazones que la miran, pero ya llegaremos al Domingo de Ramos. Ahora pensad en las tardes interminables de agosto, cuando aprieta el calor como una plaga bíblica y las horas se pasan uniformes con la angustia del tiempo que no se aprovecha. Recordad la enfermedad de alguien querido y el tiempo que pasa hasta un diagnóstico, hasta el momento en que sale del quirófano. Los meses en que las cuentas de un negocio no terminan de cuadrar. El tiempo en que no se ha podido trabajar. El esfuerzo de estudiar que no se ve recompensado con las notas que se esperan, eso también. Las peleas que amenazan con separar una pareja. El pasar de los días con la tristeza de una depresión o de una racha fuerte de melancolía.

Y pensad cómo en días así habéis recordado su rostro y os habéis aferrado a su nombre. ¿Qué es más importante, la advocación o la imagen? ¿O no pueden vivir una sin otra?

Frente a la angustia de la vida, Esperanza. Frente al dolor y la incertidumbre, Esperanza. Frente al desasosiego para buscarse el pan de cada día, Esperanza. Frente al traspies que hace caer justo delante de la meta, Esperanza. Frente a los latigazos de la hostilidad, Esperanza. Frente al hundimiento del ánimo, siempre, siempre Esperanza.

¿Cuántas veces, Madre, habrás lanzado el ancla al agua para que tus hijos tengan donde agarrarse y salgan del mar frío de los problemas? Lloras con ellos, sufres como ellos y sin embargo siempre les dejas por un perfil el esbozo de una sonrisa, porque no puedes escapar de tu nombre de Esperanza. No existe la desesperación donde Tú reinas. Te compadeces y escuchas, te quedas con las lágrimas de los demás para que puedan marcharse aliviados y ni así consiguen que tu rostro se manche demasiado con los estigmas del dolor.

Por eso hemos venido otra vez a tus plantas en esta Cuaresma que tiene aires de adviento, porque al final se nos dará eso que hemos soñado durante dos años y apenas hemos podido acariciar con los dedos de la memoria. Porque si hemos caído, nos ha levantado la Esperanza; si la cruz con que nos cargan, la misma con la que cargan al Señor de las Penas, nos pesaba demasiado, nos ha ayudado, como un cirineo, la Esperanza; si la noche era oscura, nos alumbraban las velas ya gastadas de la candelera de Esperanza; si llorábamos, nos secaban las lágrimas de la Esperanza. Siempre, siempre, siempre, la Esperanza.

Esta tarde os propongo que recreemos un Domingo de Ramos y la esperemos. Siempre me ha parecido que las personas que corren a buscar a las imágenes en los pasos, y más si lo hacen con la pésima educación de cruzar entre las filas de nazarenos, se pierden una parte hermosa de una procesión en la calle. La bulla es sobre todo espera gozosa, porque la emoción se hace más dulce y más intensa cuando va creciendo entre cada pareja de cirios que llegan. En las bullas se charla de viejos recuerdos y se van amasando los nuevos, se escuchan historias de cofradías, se hacen planes y se tejen sueños.

Mientras estamos en la acera descontando parejas de cirios para que llegue la Virgen de la Esperanza, hablaremos de viejas historias. No puedo decir que yo la comprenda del todo, porque su don inefable es tan profundo y misterioso que apenas podemos acercarnos de lejos y con gafas de sol para no deslumbrarnos. Pero la primera vez que me acerqué fue en el año 2000. La conocía de antes, sí, pero esa Semana Santa me enseñó que su nombre vence nubarrones y pasa por encima del desaliento.

Era la primera Semana Santa que yo contaría en ABC y el Domingo de Ramos fue el peor que recuerdo. Había diluviado la tarde y la noche anterior sin piedad y el amanecer gozoso de las campanas y de las palmas tampoco se libró. Por la mañana estuve en San Lorenzo, llena de gente en torno a los pasos de la Entrada Triunfal y me acerqué a vuestra casa de hermandad. San Andrés se había terminado de restaurar pocas semanas antes y ese año la cofradía saldría de la calle Escañuela, como el año anterior, pero entraría en su sede.

Recuerdo perfectamente la lluvia impenitente y el cielo gris cuando entré en la casa y me detuve delante del Señor de las Penas. Es normal que nos parezca que las imágenes incorporan el dolor de quien las tiene delante, pero los días de lluvia, esos en que se desmorona la exquisita pero débil catedral de una procesión en la calle, la pena es aguda como una cuchilla que hará saltar la sangre. Sí, me pareció que la Esperanza estaba más

triste, y no sólo a mí. Había un hermano delante con los ojos brillantes: “No quiero ni mirarla”. La Virgen no saldría.

Ni se pedía media hora ni había mucho que pensar: las cofradías iban suspendiendo sus estaciones de penitencia una detrás de otra con rabia y con la tranquilidad de que tomar la decisión era muy fácil. Las Penas y el Huerto no lo intentaron, el Amor y el Rescatado se quedaron en casa. A media tarde, como pasa en esos días de primavera algunas veces, hubo un pequeño claro. Todo el mundo llevaba los paraguas en la mano y todo el mundo daba por hecho que no se vería a las imágenes más que en sus casas, pero la Esperanza iba a salir.

No subiría a la carrera oficial, sino que aprovecharía un par de horas o tres sin lluvia para salir de la calle Escañuela y llegar a San Andrés, a su iglesia. ¡Qué alegría! Recuerdo el río de la bulla que venía por Arroyo de San Lorenzo buscando los nazarenos blancos y verdes, el andar largo del misterio y sobre todo el júbilo de la Virgen. Aquel año el Domingo de Ramos había empezado tarde y sería breve, pero era Domingo de Ramos. Si cierro los ojos todavía la veo subir por Santa María de Gracia. De pronto le había desaparecido la pena pasajera de aquella mañana y se le había hecho otra vez la alegría de la Pascua en las campanas del palio de malla, totalmente transparente en aquellos años.

La Esperanza fue siempre cofradía que es de música incluso cuando marcha a tambor, incluso lo sería si en algún momento la banda dejase de tocar, y no soy capaz de recordar una melodía concreta que no sea su alegría. La esperaba en la plaza de San Andrés el Señor de las Penas y allí se encontraron las dos imágenes y allí aguardaba la multitud. Pensé entonces que la Esperanza es la respuesta a las oraciones, un ancla a la que aferrarse y una luz en una noche que nunca es cerrada, y yo me acosté pensando, quizá sin tener cuenta a los cofrades que ese día se habían marchado sin mancharse de cera las túnicas, que había valido la pena el Domingo de Ramos. La Esperanza está entre nosotros para que ese poquito tenga el sabor de toda una eternidad.

Cuando la conocí, el Jueves Santo de 1991, ya me imaginaba a la Esperanza. Fue el Jueves Santo de 1991. Yo estaba en Córdoba con mi banda para tocar detrás de la Virgen, de mi hoy Virgen de las Angustias. Faltaba todavía un buen rato para la salida y me asomé por el callejón a la calle San Pablo. Me atrajo la cruz de guía del Cristo de Gracia, que subía a esas horas hacia la carrera oficial, y me dejé caer hacia abajo en busca del Crucificado.

Antes que al Cristo encontré San Andrés abierta y entré sin dudarle. Todavía pensaba que vería al Señor de las Penas encima de su viejo paso de guadamecés y me sorprendió verlo en el nuevo, todavía de madera sin dorar. Pensé que era grande, porque entonces no sabía que faltaba todo el misterio. Reparé en la Virgen de la Caridad, que luego sería tanto para mí, y pensé que era distinta de la que había visto en las fotos, porque no sabía que se había bendecido diez días antes.

Y por fin, en el mismo hueco que siempre, radiante todavía, vuestra Esperanza. En aquella noche en que yo no podía estar con ella más que unos pocos minutos, se me apareció todo lo que había escuchado hablar y todo lo que vendría después. Ardía todavía para mí aquella cera rizada que nunca faltaba en las fotografías y que siempre tuvo después; cabeceaban, bulliciosos, los gladiolos de las esquinas y los claveles dejaban el aire fragante como si todavía hubiera costaleros moviéndose.

Siempre he pensado que una imagen cuya procesión ha terminado tarda todavía un tiempo en perder toda la emoción y la hondura que concentró en la calle. Yo escuché delante de la Virgen aquella noche los compases de ‘Esperanza cordobesa’, me llegaron los ecos de los aplausos y me tintineaban las campanitas como si hubiera una brisa sobrenatural que las moviera para que yo pensara que no había terminado todo a las tantas de la madrugada ya del Lunes Santo. Mientras la mirara, aquel Domingo de Ramos que yo no había podido pasar con ella todavía existía.

Quizá os cuento estas cosas para no olvidarlas, porque todo lo que me ha venido a la cabeza en estos tiempos en que he escrito lo tenía tal vez sepultado. Mientras esperemos a la Virgen se ha llenado la calle de nazarenos y yo vuelvo con la memoria al primer año que vi a la cofradía en la calle. Aquel año trajo muy poquitos nazarenos, creo recordar que menos de ochenta, pero aquel retroceso fue para dar un paso de gigante ejemplar en la Semana Santa de Córdoba. En aquel entonces se sembró la cofradía de más de cuatrocientas únicas que salen ahora a la calle, porque aquel 1997, cuando la Virgen cumplía cincuenta años, la hermandad cambió sus túnicas y decidió que no iba a convertir más su casa de hermandad en un almacén. Los hábitos debían ser propiedad de los hermanos, que se vincularían así con algo más que un préstamo.

En los años siguientes aquel capirote de terciopelo verde con la muceta blanca y aquella túnica inmaculada crecieron al mismo ritmo que la cofradía, y los que lo compraban se unían a la hermandad con una prueba de fidelidad mucho mayor que el hábito raído que se prueba y se desprueba hasta dar con alguno que no esté demasiado viejo. Por aquella decisión valiente, que luego siguieron la Sentencia, la Misericordia y el Prendimiento con los mismos buenos resultados que ahora, tenemos que esperar un buen rato para aguardar a la Esperanza.

Pero, escuchemos un momento. ¿Qué sucede? Mientras hablamos de cofradías ha venido como el eco de un trombón telúrico, o quizá el canto andaluz y alegre, nunca jamás folklórico, de una trompeta. Sí, sí, eso es, lo dicen los tambores. Suena una marcha, ahora lejana. Los nazarenos que vienen detrás de la esquina llegan con varas y aparecen luces altas. Qué alegría da ver alzarse los ciriales cuando se espera a una hermandad, porque está cerca... iba a decir el paso, pero no es el paso, ni el misterio, aunque sea todo eso, aunque lo anuncie música de lejos. Es el Señor de las Penas.

Ahora hay que dejar de hablar y sólo mirarlo. Con tanta fuerza como tiene a su alrededor, sorprende que todo lo que rodea en realidad sea paz, como si todavía no hubieran terminado aquellos años en que marchaba sólo en el paso como un Ecce Homo hundido en las oraciones. Como si buscara, que todavía busca, el consuelo del Padre cuando duele mucho más el abandono que los latigazos, las negaciones que la corona de espinas, la incompreensión que el peso que está a punto de desollarle los hombros.

Por eso lo primero que hacemos ante Jesús de las Penas es rezar un Padrenuestro. Y en él le rogamos que seamos capaces de santificar su nombre con las acciones, el ejemplo y la diligencia, que esperemos el Reino y trabajemos para construirlo. Le pedimos que se haga la voluntad que Él mismo acata como un manso cordero de Dios.

Le imploramos el pan de todos los días que llegará gracias a que nos da algo de la fuerza que a Él no parece sobrarle, porque desfalleceríamos sin su aliento. Aprendemos de Él

que tenemos que perdonar como nos perdona a todos los que le golpeamos la cara y lo clavamos en la cruz, y a cambio Él nos proporciona templanza para que la Semana Santa no sea un puro deleite, aunque esté para disfrutar; que no nos perdamos en la borrachera del arte y de la belleza, aunque tengan que ser de verdad embriagadores; que no nos marchemos por los laberintos de las críticas, porque eso y sólo eso será lo que nos libre del mal que tenemos dentro de nosotros y que nos sale por la boca demasiadas veces.

Entonces, sólo entonces, cuando hayamos terminado de mirarlo a los ojos y de encontrar el misterio de su mirada caída, podremos fijarnos en todo lo demás. Y nos dejaremos avasallar por el misterio, que apisona, más que avanza, por la calle. Como si la música llegase del cielo para hacerse providencial, como si en algún momento el esclavo gitano, ese esclavo gitano que habla de vuestros orígenes, fuese a levantar la cruz del suelo y a ponerla sobre los hombros, como si todavía la escena fuese a cobrar vida del todo y de pronto siguiera el camino al Calvario.

Con suerte callejaremos entre la bulla y lo veremos venir otra vez, siempre por los costeros y siempre sin buscar la delantera cómoda y tramposa, tal vez para reconocernos en el gesto del sanedrita que ordena cargar con la cruz de nuestros pecados, tal vez para oír algo de la música. Escuchad, escuchad. ¿'Sangre en tus clavos'? Qué maravilla y qué buen gusto el de la hermandad de disfrutarla ¿Quizá la novísima 'Gitano', que tendrá que quedarse como su marcha para los próximos años? ¿Por qué no 'La Saeta', 'Perdona a tu pueblo' o 'Christus Vincit', que son las que me recuerdan a mi infancia?

Hemos dejado de rezar nosotros y ahora rezamos con la música, porque la música se escribió y se interpreta como se pinchan las flores con buen sentido, como arde el incienso que se eleva, como brillan el oro y el trabajo. A mayor gloria de Dios. Y si nosotros podemos disfrutarlo es porque está el Señor y no al revés.

Así que cuando por fin lo dejemos marchar y alejarse, las manos atadas a la espalda, el gesto de los romanos que no parecen comprender, terminemos el estar ante su presencia con una acción de gracias. Por la emoción de una tulipa de cera gastada, por una rosa que cabecea, por la marcha dulce que nos arranca una lágrima del corazón que no verá nadie pero que no olvidaremos, bendito seas. Por salir de tu templo, por dejarnos acompañarte, por la unción de tu presencia, bendito seas. Por darnos calles de Córdoba para hacer eterno el estar contigo, por la fuerza de quienes te llevan, por la expresividad de la escena que describe el Evangelio, bendito seas. Por regalarnos una tarde de primavera cuya luz se multiplica como el milagro de los panes y los peces, por tu mirada y por la música con que inspiraste a los compositores y que con tu soplo de vida insuflas a los que la interpretan, bendito seas. Por las saetas que te llegarán desde los balcones y las aceras, por darnos memoria para que todo no termine cuando te marches, te damos gracias, Señor de las Penas.

Ahora vuelven los capirotos verdes y casi va siendo de noche. El relato de un cofrade es siempre una planta que sigue robusta y firme a pesar del viento, de los temporales y de las épocas de sequía y de olvido, pero que también perdió algunas hojas por el camino. Ahora que las luces de vuestros nazarenos, los nazarenos verdes, están encendidas y todavía no se ven venir los ciriales de la Virgen, dejadme que os haga una confesión.

Tengo en mi memoria de cofrade unos cuantos ritos que perdí con el tiempo, con los cambios de recorridos de las cofradías de Córdoba o con los cambios en mi vida y en mi trabajo. Ya no espero a la Virgen de la Caridad cuando sale de Juan Rufo para seguirla hasta San Andrés espiándole los ojos verdes entre marchas fúnebres y el dulce aletear de su palio de cajón. Ya apenas puedo buscar en mi pueblo a Jesús Caído en la mañana del Jueves Santo y ya no me visto de nazareno después de haber acompañado una larga y gozosa tarde a mi querida cofradía de la Cena. Las cosas se marchan y uno da gracias por vivirlas, pero algunas desaparecieron sin que ni siquiera pudiera asomarse a ellas.

Al llegar a la calle Alfáros, siempre me detengo al pie de la cuesta, y empiezo a mirar de abajo hacia arriba. Están los escalones enchinados, la fuente que canta día y noche con la cruz que unos descerebrados nos han arrancado dos veces. La espadaña de la iglesia de los Dolores y el azulejo añil que nos consuela cuando no podemos ver a la Madre. La cal y las buganvillas cayendo por varios lugares. Y al pie, como muñón de algo que tantas veces me contaron y que nunca pude ver, el azulejo de la Virgen de la Esperanza. Sólo una vez me pude asomar, pensando que tal vez la vería junto al Cristo de los Faroles, pero llegué tarde. La música me condujo por la calle Bailío y me asomé a la cuesta, y jamás olvidaré ver el manto verde empezando el descenso. No tuve valor para meterme en aquel mar bravo de corazones expectantes. La busqué por otro lugar, pero muchas veces he pensado cómo pudo haber sido aquel día si yo en vez de detrás la hubiera esperado en los escalones y la hubiera visto bajar.

Esa noche en el Bailío
cuentan que el aire sonaba,
que había luz de campanillas
y oraciones que brillaban.

Al verte venir de lejos,
verde, cera, flores blancas,
se terminaba el cansancio
y se apagaban las charlas.

Las horas para esperarte
se daban por bien gastadas,
y te anunciaban cornetas,
y te acunaban las palmas,
y al bajar por la pendiente
los que abajo te aguardaban
te sentían como una Madre
que bajo su manto ampara.

Y los varaes cortaban
nubes de incienso escarchadas
y el tiempo se suspendía
cuando Tú más cerca estabas.

Y no existía el desnivel
donde la armonía reinaba.
De pronto estabas tan cerca
que tu llanto se escuchaba.

Cada segundo era pena
pensando en que te marcharas,

pero Tú seguías arriba
y las borlas que bailaban
y la canción de las marchas,
las flores de cera blanca,
las estrellas y la fuente
y tus ojos que miraban
hacían eterno el instante.

Los relojes se paraban,
pero cantaba la música,
las bambalinas besaban
la brisa tibia y suave
y nada se terminaba.

Al poder abrir los ojos
el manto verde bajaba,
y no duraba la pena.

Y aunque yo nunca estuviera
y a los demás se os marchara,
siempre estará en el Bailío
la huella de la Esperanza.

¿Habéis tenido alguna vez en la calle la sensación que la imagen que tenéis delante sólo está para vosotros, como si en la bulla sobrasen todos los que pasan, los que empujan, los que quieren moverse, los que esperan? Es probable que vosotros, los acólitos, los que vais más cerca de la Virgen por vuestra antigüedad, los músicos que alguna vez podáis verla, los costaleros que os salgáis del paso y la encontréis en alguna esquina, lo hayáis visto alguna vez.

Os acabo de contar lo que no viví y ahora os quiero contar lo que viví en un rincón estrecho en el que me recuerdo solo con la Virgen de la Esperanza. No cabría mucha más gente en San Zoilo, pero se me ha quedado el recuerdo de que sólo estábamos Ella y yo. Era el Domingo de Ramos de 2004, el último en que todavía no fue vuestra banda, y todavía era de día, porque aquel año cayó en abril. No había pasado todavía un mes desde aquellos días terribles que amanecieron con explosiones, muerte y odio en los trenes de Madrid, y la tristeza que había quedado en las nubes grises de ese tiempo no se había marchado del todo. El Amarrado la columna había vuelto a salir aquel día y el sol brillaba, pero a veces la Semana Santa no empieza para el corazón cuando uno quiere, sino como Dios quiere.

Así que antes de subir a trabajar, al caer la tarde, encontré a la Esperanza casi por San Miguel y busqué un hueco entre la banda y la bulla, guiado por la estrella verde del manto bordado, para buscarle la cara. No me arrepentí, porque en aquellos días en que el alma todavía estaba encogida, Ella me quitó los temores. Me indicó suavemente que caminara a su lado, que por poco que fuera el tiempo que le pudiese dedicar, me lo compensaría con creces. Y eso hice. Encontré un hueco, me pegué a un costero, y la seguí, avemaría tras avemaría, paso tras paso. Se habían terminado los miedos, el caer de la tarde volvía a ser dulce.

Cuando suena una marcha clásica sucede a veces que el tiempo pasa a la dimensión de lo eterno, de lo que no sucede en ningún año en concreto, porque la memoria lo lleva al lugar donde nada cambia, donde todo es ideal. Eran años aquellos de estrambotes con poca música y piezas para el aplauso y el tópico, pero en ese momento la banda tocó ‘Virgen de las Aguas’ y entonces y ahora yo podría haberme quitado diez años de encima o haberme puesto quince y todo habría sido igual. Tan emocionante, tan ideal, tan pleno. Era la última hora de la tarde y el sol se despedía por las lejanías del Gran Teatro y la Puerta de Gallegos cuando los bajos punteaban el movimiento de los varales. La Virgen me escuchaba y me sonreía, y me decía que no se marcharía del corazón mientras recordase aquel momento. Me encantan los palios de noche y la candelería me hacía la ilusión de que no había más luz que la de sus velas.

El trío eterno de la marcha iba cantando y yo me quedé en el ábside de San Miguel para verla marcharse. Ni podía seguirla ni podía estar más en la calle. La calle de San Zoilo era para mí como la puerta de San Andrés o como habría sido la de Santa Isabel en otros tiempos: el lugar que me dejaría sin Ella para siempre. Pero todavía quedaba. La vi de perfil, le apuré las lágrimas, la cara morena, las manos delicadas. Y se fue marchando poquito a poco hasta que quedó el manto verde, y luego los candelabros de cola, también encendidos. ¿Se ha terminado de ir ya por San Zoilo?

Cuando escribía y cuando os lo cuento os aseguro que no, que todavía veo el perfil izquierdo de la Esperanza, que el paso no avanza, que no hay en la calle nadie más que

yo mirando su luz, su belleza, su armonía, como un salmo que nunca terminase: “De pie, a tu derecha, está la Reina”. Y allí, creedme, sigue, y allí sigue cada vez que cruzo San Zoilo o que escucho ‘Virgen de las Aguas’. Porque su nombre, un nombre tan grande, con tanto peso, no puede ser vano. ¿Cómo no nos va a llenar la Esperanza?

Pero mirad, mientras os hablo de aquellos días con la Virgen de la Esperanza, el cortejo sigue andando. No saben lo que se pierden los que corren a ver a los pasos cuando no se dejan invadir por los nazarenos, cuando no disfrutan de una calle llena de capirotos.

A las cofradías se las conoce por lo que uno ve y por aquello que le cuentan, por las viejas historias que lee en los libros, por aquello que vieron los que llegaron antes y se ha conservado. Muchos recuerdan aquellos Domingos de Ramos en que a una casa de la calle Cardenal González se asomaba una Dolorosa antigua, de propiedad particular, que había sido vuestra primera titular, la primera Virgen de la Esperanza. Se nutría aquella devoción de personas que vivían en aquellas calles que están entre Cardenal González y la Ribera, un sitio de viviendas humildes y sin embargo todavía fachadas soberbias de casas solariegas de antiguos esplendores.

Pablo García Baena recordó con su memoria prodigiosa los nombres de aquellos primeros cofrades, los famosos gitanos que después siguieron en el título popular de la hermandad, y que fueron los que llevaron la advocación tan bella de la Esperanza en la Semana Santa. Después, en 1947, hace ahora 75 años, la hermandad decidió encargar a Juan Martínez Cerrillo la hechura de esta imagen, que tendría que ser para siempre la Esperanza de Córdoba, la Esperanza de Santa Marina. Cerrillo fue el escultor que dotó a las nacientes cofradías de aquellos años y a aquella Semana Santa que se reconstruía de una sustancia fundamental que después nunca les ha faltado. Es la devoción, esa entraña de ternura, que, bien lo sabéis vosotros mejor que nadie, sirve para hacer argamasa con la que después se levanta todo el edificio.

Hizo tal vez la más singular y personal de toda su carrera, porque le conservó el color agitanado y sugerente, pero también una mirada tímida que parece evocar la fiesta litúrgica en que comparece como reina en su besamanos: la Expectación del parto. La Esperanza, más que ninguna, era, en la imagen que ahora cumple tres cuartos de siglo, la plasmación de aquella Niña sobrecogida del misterio de la Encarnación de Dios.

Los que nacimos a partir de cierto momento nos tenemos que guiar por los recuerdos que nos contaron, y yo sueño a aquella Esperanza que hoy recordamos con los versos de Montero Galvache y la pintura de Ricardo Anaya. El cartel de aquellos años 60 tiene la virtud de contarme sin palabras ni música que ya era alegría, que los varaes tintineaban, que había alguna marcha alegre que sonaba para la Esperanza y tal vez algún tímido aplauso.

Pero mirad. Con la charla y con los recuerdos, con estas cosas que cuento de lo que he vivido y de lo que he soñado vivir, de puro verlo escrito y dibujado, la fila de nazarenos sigue avanzando. Lo notamos porque la bulla es cada vez más estrecha. Quienes querían llegar sin esperar se tienen que detener porque empieza a no haber sitio. Aparecen algunos cirios verdes. Las manos que los sostienen empiezan a ser menos finas, más rugosas, con las heridas que una vida de algunas décadas les ha ido dejando.

No sé vosotros, pero en ocasiones, al llegar a los tramos más cercanos a las imágenes, empiezo a intuir quién está debajo del cubrerrostro. No por curiosidad ni por dárme las de que conozco a las hermandades por dentro, que apenas es verdad, sino porque en los lugares más próximos a los titulares están casi siempre quienes más se han distinguido en el servicio al Señor y a la Virgen, quienes más fidelidad tienen a la túnica incluso en los peores momentos. Los que antes que tomar una vara tomaron un clavel para pincharlo o un producto químico para limpiar la plata. Los que más una manigueta saben lo que es el trabajo en la iglesia para que todo esté radiante un Domingo de Ramos por la mañana.

Los que prefieren un segundo en la intimidad de sus imágenes, aquellas que tienen presentes cada hora de sus vidas, mucho antes que honores y que puestos de preferencia que les correspondan. En la Esperanza, como en pocas, yo conocía a quienes me miraban desde la celda de terciopelo de los cubrerrostros verdes. Muchos años, cuando me acercaba por un costero en busca de la Virgen, Maribel me entregaba una estampita que yo guardaba en la cartera para que me acompañase en esa Semana Santa que acababa de empezar, y quizá Jorge me hacía una señal, sin hablar, en el brazo, en la bulla que siempre rodea a un paso de palio alegre.

Encontraba también, y eso sí que no fallaba nunca, la bocina y los pies descalzos de Jose. Es posible que hoy estuviera aquí sentado entre nosotros, pero la Virgen de la Esperanza lo llamó hace ahora un año para arrancarle las espinas de la vida y dejarle los pétalos del talento y la sonrisa. A Jose le dijimos adiós demasiado pronto, cuando todavía esperábamos verlo feliz, el primer viernes de Cuaresma del año pasado, con su Señor de las Penas en besapiés y esperándolo también para despedirlo en el cancel de esta iglesia. A él le quiero dedicar este pregón, porque lo tuve presente al escribir y lo tengo presente ahora que hablo, y al terminar, quizá mañana, me habría dicho cumplidamente lo que le había gustado y también, con toda educación, pero sin dejarse nada, cómo no, aquello que no le hubiera parecido tan bueno de lo que le cantase a su Virgen de la Esperanza.

De él aprendí a llevar a la práctica que los titulares son el mástil al que hay que agarrarse cuando soplen todos los huracanes, y sobre todo cuando los peores tifones, los más duros, son los que tienen que ver con la cofradía propia. De encontrarlo todos los Domingos de Ramos tan cerca de la Virgen tomé el ejemplo de que yo tampoco tenía que ceder a las tentaciones de exiliarme o extrañarme de mi sitio, aunque el granizo me dijese que buscase un refugio cómodo. Ahora sabrá que aquella Esperanza que le guardaba las espaldas y que le secaba las lágrimas es la certeza de una dicha.

En ese rato en que encontramos los ojos y las manos de gente amiga, ya está ahí la Virgen. Después de tanta conversación quiero evocarla en el momento en que más disfruto en Semana Santa: de noche. Ningún tallista, orfebre ni dorador ha sido capaz de modelar con más arte el gozo de una candelería que se va acercando al final. Fugaz, caprichosa, irreplicable, dulce, acogedora. En los huecos que va labrando el fuego en la cera están la fuerza de las levantás, el aliento de las saetas, quizá algún pétalo travieso que cayera por entre los varales, la mecida que se escapa con una marcha de trío dulce.

Algunas veces, cuando regresaba por allí, la encontraba por Hermanos López Diéguez, esa calle que puede ser eterna para ver a una cofradía recogerse. Tenían las velas de la candelería las huellas del temblor telúrico del Bailío y la cera rizada parecía guardar soles dentro, más que el fuego que se hubiera encendido con una caña. La había visto por la

tarde, en la tarde de estreno y de reencuentro del Domingo de Ramos, pero entonces, ya de madrugada, la Esperanza estaba distinta.

De verla allí más morena, más dulce, casi me daban ganas de terminar las oraciones que le rezaba con las letanías de un rosario, del rosario que yo rezo cada Semana Santa con la pasión del cofrade y el afán de quien debe trabajar y estar a la altura de lo que se le pide. Por eso ya la veía como quizá cansada, pero mujer fuerte. Arrebatadora como sólo lo son las cosas de Dios. Consoladora en el llanto que termina en sonrisa. Fuente de fuerzas para los que estamos necesitados de ellas. Refugio de quienes temen desfallecer en el camino. Silencio ante el mundo cuando el mundo asedia con cosas que es mejor no escuchar. Alegría interminable cuando asoma el agobio. Madre de los que la necesitan como el agua. Pañuelo de los que tendrán que arrancarse demasiado pronto de su presencia. Capilla íntima para arrodillarse y encontrar al Dios que da consuelos. Promesa de que al despertar se habrán diluido las incertidumbres y se habrán marchado los temores. Y reconciliación con las cofradías.

Todo eso hay que pensar y que rezar cuando el palio está detenido y la cera sigue consumiéndose quieta, pero ocurre que mientras charlamos y contamos hay movimiento debajo del paso. Los contraguías y el capataz han empezado a dar órdenes quedas para que su gente esté preparada y al primer golpe de martillo los costaleros vuelven a su sitio. La presencia de los ciriales anuncia el gozo de empezar a ver, pero cuando uno está en la bulla y el paso queda algo lejos, el sonido seco del llamador en la mesa es como una promesa a punto de cumplirse. No por mecidas y por andares, aunque nos gusten, sino porque nos traen a la imagen. Ahora la Esperanza, tal y como la evocamos en esta tarde que es de Cuaresma, aunque todavía no nos hayan puesto la ceniza en la frente, está a punto de llegarnos, y va a ser primero música. Eco de cornetas, la sutileza de una melodía que se nos anuncia con cuatro trazos y que suena por eso más en la memoria que en la banda, que se va acercando.

Un palio lejano es siempre como una casa bella que todavía no hemos abierto. Sabemos que la Virgen reina y la intuimos con gozo, pero todavía no podemos verla del todo. Tenemos que esperar, pero la música, impaciente, ya viene. En ese momento, la Esperanza, además de ser todo lo que es, es también una banda. Yo tengo un cariño fraternal con la banda de la Esperanza, porque hemos crecido juntos. Ellos eran un grupo de músicos casi siempre muy jóvenes que se reunían a ensayar en la casa de hermandad y ponían las semillas de la que hoy es una de las grandes formaciones de Andalucía. Yo, un también joven periodista que iba aprendiendo su oficio y el interior de las hermandades de las que tenía que escribir.

Por eso he querido que Rafa León, uno de los suyos, durante un buen tiempo para mí la cara de la banda, me dé paso este mediodía delante de vosotros y por eso le agradezco sus palabras, que tienen más que ver con el cariño que con la verdad. Juntos, ellos y yo, descubríamos un mundo nuevo de música que intuíamos, pero que no conocíamos del todo, y nos asomábamos a Martínez Rücker, a Eduardo Lucena, a Gómez Navarro y especialmente a nuestro venerado Enrique Báez. Y hablábamos de ellos no en la atmósfera abstracta del que sueña sin armas, sino con la consecuencia de los hechos de que aquella música de Córdoba que emergía tenía que sonar. Así que ‘Por una Madre’ se le tocaba a la Esperanza y a las Angustias, y no era una especie de reparación con lo de

la tierra de uno, ni mucho menos una cuota, que siempre huele a limosna, sino sobre todo una ofrenda a la altura de nuestras queridas titulares. Un auténtico lujo. De los pies firmes en la tradición de Córdoba nació el ramillete de melodías que le llegaron a la Virgen de la Esperanza y que conformaron el repertorio propio más amplio de la ciudad, en más de una docena de acentos distintos. La comunión profunda con la esencia de cofradía de bulla en la marcha de Pedro Morales, la heterodoxia de flamenco auténtico que soñó don José de la Vega, la música incontenible de Rafa Wals en 'Tras tu verde manto', hecha con la experiencia de muchos Domingos de Ramos y con la prefiguración de los que vendrían después; la contundencia y maestría de José Manuel Bernal, la elegancia y emoción de Alfonso Lozano, la nostalgia de José Juan Gámez Varo.

Con alguna de ellas viene ahora la Virgen de la Esperanza y ya casi la tenemos encima. Ahora los vídeos, con su vulgar facilidad para llegar a ellos, nos hacen revivir cualquier cosa en un instante, pero hubo una época en que la memoria era más fiel y más eficaz que todos ellos para reconstruirlo. ¿No os pasa a vosotros que cuando veis una fotografía de un paso os lo imagináis moviéndose? Y no lo reconstruís, no lo reconstruimos, con el sentido documental de lo que queda grabado, sino de la forma en la que ha quedado en el recuerdo.

Escribía en casa y os hablo esta tarde y me estoy imaginando andar a la Esperanza, a vuestra Esperanza, y veo cabecear, con toda elegancia, las flores que siempre caen de las esquinas delanteras, como cabezas que en Semana Santa se inclinan para santiguarse; los varales que pueden moverse como a mí me siguen gustando, acariciando balcones, o bien con la levedad de no querer más que arañar los aires. Es de noche, ya lo hemos dicho. La cera está consumida y el fuego ha hecho surcos profundos como la lamparilla de un sagrario, y ahora sí que tenemos la suerte de tener a la Virgen delante. Morena, dulce por esa combinación siempre irrepetible que le dan las velas más altas o más bajas de cada año.

¿Y qué le diremos ahora, que por fin sólo tenemos que hablar de Ella, ahora que hemos visto pasar a la cofradía, que hemos desgranado los recuerdos? Con el palio parado, las partituras preparadas con la latencia de lo que tendrá que hacerse emoción dentro de muy poco, los cuerpos de los costaleros descansando, pero prestos al esfuerzo que tendrá que empezar en no demasiado tiempo, podríamos estar una hora tranquila del besamanos, justo después del momento en que nos hayamos inclinado para ese beso que estamos deseando volver a dar. Aquí aprovecho para preguntarnos cuándo podremos recuperar el escalofrío íntimo, la desnuda sacralidad entrañable con la que nos acercábamos a la carne de madera de nuestras imágenes. Dicen que todo será cuestión de que alguna hermandad se atreva, cuando haya pasado lo peor de esta enfermedad, y que a partir de ella irán cayendo todas las demás.

El rato en que el paso está detenido, la cera tranquila, las flores quietas, tiene esa intimidad de estar con la Virgen en absoluta calma, como si el clamor de la calle no existiese y el tiempo se pudiese parar escondiendo el reloj en el bolsillo. Algunos Domingos de Ramos, a esas horas, yo he notado delante de Ella que me saca del cuerpo todo lo que aflige y preocupa, todos esos afanes que me han rondado la cabeza un largo día que además de ser el primero de la Semana Santa es también el que abre un tiempo de trabajo febril. Llego todavía acelerado y con la cabeza llena de palabras y pienso que la Virgen de la

Esperanza es como Jesús cuando iba expulsando demonios, que vistos de cierta forma no dejan de ser obsesiones y pensamientos indignos que se tienen que marchar para que recobremos las horas felices. Y allí los dejé, para que se elevasen con el humo del incienso y se perdiesen por entre las nubes para no saber más de ellos. Desde entonces, como pasa siempre que una imagen nos llega al alma, y la Virgen llega, sólo quedaban los ojos caídos.

Este tiempo de cursiladas que se multiplican por las redes sociales estamos cansados de escuchar aquello de que se va a repartir por las calles de Córdoba la advocación correspondiente. Y si alguien comparte, derrocha, entrega, es Ella, la Esperanza. Por eso la encontraremos a esas horas con los ojos un poco más caídos, con la boca quizá más cansada que en la mañana en que la vimos temblando de impaciencia en San Andrés. Vacía casi, y sin embargo llena de sentido como una fuente que no deja de hacer sonar el agua que nos volverá a tonificar el cuerpo y la garganta.

En ese rato en que los varales y las campanillas están detenidos y latentes, después de habernos vaciado del mundo y habernos entregado a su Esperanza, todavía habrá tiempo para dejar caer una oración mientras se nota la tensión de que el paso esté a punto de echarse a andar. Y así diremos:

Dios te salve, María, de la Esperanza. Llena eres de Gracia que no termina y por eso no te cansas de consolar. El Señor es contigo desde el momento en que lo recibiste con la alegría del saludo del ángel y en la fiesta de la Expectación en que bajas con el manto verde para recibir los besos de tus hijos. Bendita tú eres entre todas las mujeres a las que has trocado en alegría las lágrimas. Bendito es el fruto de tu vientre Jesús como bendito, por ser hijos de Dios y futuros bautizados, el fruto de todos los que latén a la espera de conocer la luz del día en este tiempo en que parece que nacer está prohibido. Santa María, Madre del Dios que muere y resucita en estos días en que sales a la calle, ruega por nosotros, pecadores que llevamos la túnica y el cubrerrostro para acompañarte y pedir no volver a caer de nuevo en el mal, y sigue con nosotros ahora y en la hora de la muerte en que queremos llevar nuestra túnica y abrirnos a la Esperanza, siempre Esperanza, de una vida eterna.

¿Y qué se oye ahora? El último golpe del llamador se ha fundido con el vuelo leve del paso de palio. La Virgen anda. En el breve momento en que el paso está arriba, pero detenido, a punto de salir en el camino de vuelta a San Andrés, parece que ha cambiado todo, como si la Esperanza no fuese la misma que estaba escuchándonos en la oración quieta. De pronto ha regresado la bulla. Con un poco de concentración podremos hacer otra vez que estamos solos, apretados con otros cuerpos, pero con la sensación, totalmente cierta, de que Ella nos escucha a todos de forma individual. Y viene.

Hay clamor de oraciones que no pueden callarse,
porque hablarían las piedras si no sonasen palmas.

Los cascabeles cantan como salmos y antífonas.

La corneta es exacta como frase de teólogo.

Los pétalos rebosan sus briznas de oro blanco
y el fleco en los varaes es una letanía
que al tiempo del compás va diciendo una frase.

Y ahora que está tan cerca es más que nunca Madre,
torre de adobe humilde que el Señor ha escogido.
roca firme en la pena de ver sufrir al Hijo,
casi sonrisa tenue pensando en las promesas
de volver de la muerte y vencer al pecado.
Escucha nuestras cuitas y las cambia por risas,
que ya lloró por todos y por todos se alegra,
y al mirarla mecerse entre música dulce
sabremos sin dudar que terminó el destierro,
que no será de lágrimas este valle de cirios
por el que Ella atraviesa para volver a casa,
si escuchamos su ejemplo, su “Haced lo que Él os diga”,
porque en su alegría verde de leves campanillas,
en la boca enigmática de llanto y de sonrisa,
en las manos que invitan a rezar y confiarse,
nos devuelve un instante el paraíso perdido.
Nos dice que habrá un sitio en que no lloraremos
si seguimos el ejemplo de amor y sacrificio
del que Hijo al que hemos visto maniatado y sufriente.

Tú encarnas la promesa de volver junto al Padre
de la dicha sin tiempo, de la vida sin término.
Y no habrá que morir para empezar a verlo:
lo tendremos en vida andando a tu costero,
mientras arda la cera de esta noche templada.

Guíanos, Esperanza, péganos a tu manto
de verde, de oraciones, de llantos consolados,
para que cuando acaben los días en este mundo
nos aguarde la dicha de que el premio perpetuo
sea un Domingo de Ramos en que no haya penumbra
que se trague tu luz y nos quedemos solos.
Enseñanos, Señora, a conseguir un cielo
de varales danzantes, cirios interminables
marchas que siempre cantan, campanillas de ángeles
que proclamen la dicha de tu cierta Esperanza.

HE DICHO